Rubén Darío

AZUL

AL SR. D. FEDERICO VARELA

Gerón rey de Siracusa, inmortalizado e sonoros versos griegos, tenía un huerto privi-lejiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas.

Había laureles verdes y gloriosos, cedros fragantes, rosas encendidas, trigo de oro, sin faltar yerbas pobres que arrostraban la pa-ciencia de Gerón.

No sé que sembraría Teócrito, pero creo que fue un citiso y un rosal.

Señor, permitid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas.

R. D.

Prólogo

L'art c'est l'azur

Victor Hugo

I

¡Que cofre tan artístico! ¡Qué libro tan hermoso!

¿Quién me lo trajo?

¡Ah! La Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan los océanos.

¡Qué hermosas pájinas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! ¡Qué brillo! todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta.

Pero, de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa.

Rubén Darío es, en efecto, un poeta de esquisito temperamento artístico que aduna el vigor a la gracia; de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de aladas fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza.

Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del numen no lo con-sumen o despeñan, ¡Rubén Darío llegará a ser una gloria Americana, que tal es la fuerza y ley de su estro juvenil!

En la portada de su libro, sobre la tapa de su cofre cincelado brilla la palabra AZUL…

misteriosa como es el océano, profunda como el cielo azul, soñadora como los ojos azul-cielo.

¡L'art c'est l'azur! Dijo el gran poeta.

Sí: pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomas, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez.

Sí, el arte es el azul, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas.

Eso es el ideal, eso el Azul con irradiacio-nes inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

¿Y aquellas alas de mariposa azul de qué nos sirven? preguntarán los que nacieron sin alas. ¿De qué nos sirve eso que flota en el vago azul de los sueños?

Contesta el poeta:

-Pour des certains êtres sublimes, planer c'est servir.

II

Abramos el cofre Azul de Rubén para exa-minar sus joyas, no con la balanza y las gafas del judío, no con las minucias analíticas del gramático, sino para contemplarlas a la amplia luz de la síntesis artística capaz de abra-car en una mirada el conjunto de la obra, y de comprender la idea y el sentimiento que inspiraron el autor.

El poeta más original y filosófico e España,

-Campoamor,- dice: que, la obra poética se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que se desarrolla y su finalidad trascendente. Y

agrega: «a un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo, y, jeneralmente, para ser grande le basta sólo su estilo.»

No pensaron así los griegos. Para ellos el mérito de la obra estriba en el asunto, antes que en el estilo, en la idea poética, no en su ropaje. La clámide no hace al hombre.

Eran adoradores de la bella obra; pero más de las justas proporciones, es decir, del plan y su desarrollo.

El asunto, -que comprende el argumento y la acción,- es sin duda, lo primero. Dada la idea, la poesía la reviste de un cuerpo, la humaniza, la hace interesante para todos los hombres, o, como dice el padre de las Doloras: -la idea se convierte en imagen hay en seguida que darle carácter humano, y después, universalizarla, si es posible.

Creemos además, que la poesía debe culti-varse como medio de mejorar, deleitando el espíritu y elevándolo, y entonces,

las brillantes fruslerías de los versos, las alas azules de mariposa, se convertirán en estrella que guía, en alas de águila que levantan.

La regla sería: -la ficción para hacer resaltar la verdad; el esplendor de la imaginación propia alumbrando la razón ajena y avivando la conciencia, la imagen para esculpir el pensamiento que inclina a la virtud y eleva la inteligencia.

He aquí en pocas palabras las miras de nuestra poética., y a ellas ajustamos nuestro criterio. Quien quiera aceptarlas, aplíquelas, si le agrada, al libro que le presentamos. El libro saldrá airoso de la prueba.

Apuntamos estas bases de criterio para los jóvenes estudiosos que quieran comprender este libro en su valor artístico: no las aplica-mos, porque no es nuestro objeto, ni el lugar de hacerlo.

III

Pero, estas reglas no son por cierto, para los lindos ojos de las curiosas, astros errantes que recorrerán gozosos las poéticas pájinas del Azul…

Yo les enseñaré a juzgar de las obras de arte con el corazón, como a ellas les gusta y acomoda. ¿Queréis saber como, lindas curiosas? -Oíd.

Si la lectura del libro, -o la contemplación del lienzo y del mármol- os produce una sensación de agrado, o de alegría; si involunta-riamente exclamáis, ¡qué lindo! Tened por seguro que la obra es bella y, por tanto, poé-

tica. Si no podéis abandonar el drama o la novela, y vuestros dedos de marfil y rosa vuelven y vuelven una pájina tras otra para que las devoren los ojos hechizados, ¡ah!

entonces, el autor acertó a ser interesante, lo que es un gran mérito y un triunfo. Si el corazón os late más deprisa, si un suspiro se os escapa, si una lágrima rueda sobre el libro, si lo cerráis y os quedáis pensativa, ¡ah! entonces, bella lectora, no os quepa duda, por allí ha pasado un alma poética derramando el nardo penetrante de su sentimiento.

La obra que, deleitando, consiga dar a luz a la mente y palpitaciones al corazón helado, si aviva la conciencia, si mueve a las acciones nobles y generosas, si enciende el entusiasmo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, si se indigna contra las deformidades del vicio y las injusticias sociales y hace que nos interese-mos por todos los que sufren, decid que es obra elocuente y eminentemente poética.

Bajo las apariencias graciosas de la ficción suele ocultarse la fuerza de estas grandes enseñanzas, y entonces la obra llega a las altas cimbres del arte.

Aplicad, lindas lectoras, aplicad estas reglas del sentimiento a las armoniosas Azules de Rubén Darío, y vuestro juicio será certero.

Vuestros ojos, lo sé, derramarán más de una lágrima, vuestros labios gozosos dirán ¡qué lindo! ¡qué lindo!... y luego os quedaréis pensativas, como traspuestas, como flotando en el país encantado de los sueños azules.

IV

Dejadme hacer un poco como vosotras.

Pues que se trata de un poeta y no de un filósofo, queden a un lado la escuadra y el compás del retórico. Quiero estimar por su aroma a la flor, al astro por su luz, al ave por su canto.

Venid conmigo, palomas blancas y garzas morenas; para vosotras hablo ahora.

Nada de filosofías, nada de finalidades trascendentes, ni de abstracciones sensibili-zadas, humanizadas y universalizadas. Eso, estoy seguro, hiere vuestros tímpanos delicados hechos para la música y el amor.

Conversemos del poeta; pero, sin murmu-rar si es posible. Escuchadme.

Rubén Darío es de la escuela de Victor Hugo; mas, tiene a veces el aticismo y la riqueza ornamental de Paul de St. Victor, y la atrayente ingenuidad del italiano d'Amiens, tan llena de aire y de sol. Describe los bohemios del talento como lo haría Alphonse Dan-det, y pinta la naturaleza con la unción el colorido y frescura de los cantores de Pablo y Virginia y de la criolla María.

Os sonreís pensando, ¿qué tienen de co-mún Victor Hugo, el relámpago y el trueno, con los idilios americanos de St. Pierre y de Isaacs, y con las escenas parisienses del autor de Sapho?

Son en verdad, estilos y temperamentos mui diversos, mas nuestro autor de todos ellos tiene rasgos, y no es ninguno de ellos.

Ahí precisamente está su originalidad. Aquellos ingenios diversos, aquellos estilos, todos aquellos colores y armonías, se aúnan y funden en la paleta del escritor centro-americano, y producen una nota nueva, una tinta suya, un rayo genial y distintivo que es el sello del poeta. De aquellos diferentes metales que hierven juntos en la hornalla de su cerebro, y en que él ha arrojado su propio corazón, al fin se ha formado el bronce de sus Azules.

Su originalidad incontestable está en que todo lo amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco, lleno de resplandores súbitos y de graciosas sorpresas, de giros inesperados, de imágenes seductoras, de metáforas atrevidas, de epítetos relevantes y oportunismos y de palabras bizarras, exóticas aún, mas siempre bien sonantes.

V

Acaso se apega demasiado a la forma; pero, esa es su marca; y, luego que él no descuida el fondo. Acaso…

¡Chit!… Acercáos más, lindas muchachas, estrechad vuestra rueda como las ninfas campestres en torno al viejo Anacreonte, y escuchadme.

¿Sabéis? ¡Su hermosa Musa tiene un de-fecto!

-¿Cuál? ¿Cuál?

-El de ser demasiado hermosa.

-¡Ah!… ¡Oh!… ¡Bah! ¡Bah!…

-¡Dejadme concluir: y presumida!… ¿Qué diríais de la muchacha que untara de bermellón sus mejillas frescas y rozagantes? ¿Qué, de la niña que vistiera perpetuamente de baile por parecer mejor?

-Y eso, ¿a qué viene?

-Vais a ver. El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos concep-tos, abusa del colorete, del polvo de oro, de las perlas irisadas, de los abejeos azules… y sin necesidad; mientras más sobrio de luces y colores, más natural y es más encantador.

Siempre el estilo ático fue más estimado que el estilo rodio por los hombres de buen gusto.

La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de alhajas.

Pero, ¡eso es nada! Él sabe hacer elegante su riqueza y aceptable su colorete: el peligro es para sus imitadores, que creen tener sus vuelos, porque salpican sus salzas literarias con el áureo polvo, y su estro, porque se re-cargan de falsa pedrería como serafines de aldea.

Sigamos murmurando, como los críticos…

¿Sabéis?…

-¿Qué más, maestro?

-El poeta tiene otro flaco… ¡Os reís!… ¡Eh!

callaré…

-¡No! ¡no! ¡Hablad, por favor!…

Darío adora a Víctor Hugo y también a Cá-

tulo Mendes. Junto al gran anciano, leader un día de los románticos, coloca en su afecto a la secta moderna de los simbolistas y decadentes, esos idólatras del espejo en la frase, de la palabra rehumbrosa y de las aliteraciones bizantinas.

Víctor Hugo tenía el soplo gigantesco de Homero y de Isaías. El torbellino de su inspiración producía su pensamiento exhuberante, que no podía vaciarse en los moldes estrechos de la Academia, y él, entonces, impelido por necesidad imperiosa, se creaba su propia lengua, con la audacia del genio. Para derramar su pensamiento fulgurante tomaba cuanto hallaba a mano: sonido, color, letra, palabra, suspiro, desgarramiento, no importa qué; cuantos acentos e inflecciones toman la voz humana y la magna voz de la naturaleza entera, bosque, nube, océano; cuantas combinaciones alcancen a idearse, todo era bueno para él,

todo era suyo, todo elemento de su lengua, y todo se plegaba dócilmente a su pensamiento y obedecía a su voluntad soberana.

Eso pudo Víctor Hugo, porque suyo era el verbo creador, porque él era el genio. El verbo puede crearse su propia carne, como el caracol su concha: pero la carne sola jamás creará al verbo, y como la estatua existirá sin alma.

La luz produce los colores: los colores no encienden la luz.

Los poetas neuróticos de París que se llaman los decadentes, quieren hacer como Víctor Hugo, y torturan la lengua, la sacan de quicio, la retuercen y la dan extrañas formas y giros; pero, poco se curan del pensamiento.

¡No bajará para ellos el espíritu en forma de lenguas de fuego!

Darío tiene bastante talento para escapar a la Sirena de la moda que lo atrae al escollo…

Pero, ¡cuidado! Góngora también tenía talento…

En sus poéticas pájinas, en prosa y en verso, el pensamiento relampaguea a cada paso; pues él quiere más, y las palabras desplega-das en guerrilla, avanzan a fogonazos.

No se abandona a su talento, busca el efecto, busca el éxito en la novedad, y el re-lámpago se asocia al polvorazo, lo grande natural a lo pequeño artificial, Víctor Hugo a Verlain, la Leyenda de los siglos a los Poemas Saturninos.

He aquí el bermellón, como si el colorete en algo favoreciera las rosas de la juventud.

¡Fuera el oropel! ¡fuera lo artificial, oh, jóvenes, y soplará una aire sano sobre las letras como sobre las flores del campo!

VI

-¡Cierto!… Mas, ¿quiénes son esos decadentes de que habláis? ¿Cómo es que nuestro poeta sacrifica en sus altares?

-Os lo diré. Las letras, como las flores, como las frutas, como los pueblos, suelen sufrir epidemias que las devastan y desfigu-ran.

Comprendo bien que el pensamiento debe ajustarse a su forma y armonizar con ella.

Alma bella en cuerpo bello, es ideal.

Pues bien, hai ocasiones en que el exajerado amor a la forma ha perjudicado al pensamiento, y producido esas deformidades epidémicas en la literatura, que suelen encontrar fervorosos partidarios y hasta impo-nerse a un pueblo y a una época entera. Pasada la moda se la encuentra ridícula, y nadie comprende cómo vino ni que ceguera a hizo aceptable.

Y si no, ahí están para probarlo aquellas fiebres que han invadido las literaturas euro-peas, comenzando por el euphuismo, introdu-cido por John Lilly en la corte de Isabel de Inglaterra; el marinismo que invade la Italia con sus concetti, al mismo tiempo que el gongorismo hace estragos en las letras castellanas, y la lengua preciosa en las francesas.

Ni la sesuda Alemania escapó a aquellas plagas, pues el poeta Lohenstein les llevó el con-tajio poco después. El Hotel Rambouillet, centro culto y perfumado, creó el «estilo galante» [XII] que dejeneró en el preciosismo, y de su Salón

Azul, donde por primera vez se unían la aristocracia de cuna y la de talento, salió también el Adonis de Marini, aquel terrible decadente llamado a Francia por María de Médicis.

Nacen estas plagas del prurito de crear nuevos dialectos poéticos, que no correspon-den a nuevas ideas ni a nuevos sentimientos; nacen de sobreponer por moda, lo ficticio a lo natural, lo convencional a lo verdadero, la factura del mosaico paciente a los esplendores del genio.

En Francia, tras de los románticos, -

emancipadores, exajerados e lo convencional clásico, que reinaba desde los días de Ron-sard y su pléyade,- brotaron los parnasianos, simbolistas y decadentes. Los románticos tienen razón de ser: representan la revolución en las letras. Con el chaleco dorado en reemplazo del gorro frigio, marcharon contra la tiranía de Boileau y de La Harpe, y dieron a las letras un rumbo más humano y más propio de nuestro tiempo y de nuestra civiliza-ción. Pero, ¿qué buscan los decadentes? ¿qué nos traen de nuevo? ¿Cuál es su razón de ser?

¿Queréis conocerlos? Os los voi a presen-tar.

No se sabe a punto fijo de dónde vienen, ni creo que ellos sepan mejor a donde van, y en esto se parecen un poco a los gitanos.

¿Vienen de los hermanos Goncourt? ¿Nacieron de las Flores del Mal de Beaudelaire?

¿O acaso son imitadores bastardos de Víctor Hugo, que a falta de genio quieren parecérse-le por las rarezas del lenguaje? ¿Descenderí-

an, por ventura, estos zíngaros, de Ramsés el Grande? ¡Todo puede ser!

Sea como fuere, ello es que la escuela modernísima de los decadentes busca con demasiado empeño el valor musical de las palabras y descuida su valor ideológico. Sacrifica las ideas a los sonidos y se consagran, como dicen sus adeptos, a la instrumentación poética.

Los decadentes no sólo olvidan el signifi-cad recto de los vocablos, sino que los enla-zan sin sometimiento a ninguna lei sintáxica, con tal que de ello resulte alguna belleza a su manera, la cual bien puede ser alguna alga-rabía para los no iniciados en sus gustos.

A los que así proceden los llamó decadentes el buen sentido público, y ellos, como pasa tantas veces, del apodo hicieron una divisa.

Los poetas neuróticos de esta secta hacen vida de noctámbulos y ocurren a los excitantes y narcóticos para enloquecer sus nervios y así procurarse visiones y armonías y ensue-

ños poéticos. Acuden a la ginebra y el ajenjo, al opio y a la morfina, como Poe y Musset, como los turcos y los chinos. El deseo de sin-gularizarse es su motor, la neurosis su medio.

¡Tales son los decadentes, los de la instrumentación poética! ¡Divina locura! ¡Caso curioso de la patolojía literaria!…

En estos neuróticos debe operarse cierta inversión de los sentidos, pues que en su vocabulario especial confunden los sonidos con los colores y los sabores, como pasa bajo el ingenio de la sugestión hipnótica.

Comprendo que la chispa eléctrica sea luz azuleja para el ojo, crepitación para el oído, escozor para la mano, acidez para el paladar, y aun concibo que tenga olor, si se la hace caer en los nervios del olfato. Comprendo que el alma, libre del fardo de la materia, tenga una noción única, y, por tanto, más perfecta, de la chispa eléctrica, aunando las cinco nociones elementales diversas que los sentidos le proporcionan, tal como de la fusión de los colores del espectro resulta el rayo de luz.

Comprendo que las sensaciones recibidas por los sentidos tengan grandes analojías y estrechas relaciones entre sí, desde que todas no son más que modos de movimiento, y sólo se diferencian en la rapidez de las vibraciones.

Pero, ¡lo que no comprendo es que, hombres despiertos y metidos en el estuche de su cuerpo vivo, me digan: que, el clarín suena rojo; que llega a herir su tímpano el aroma azul de las violetas, que ven con el paladar, y que oyen por la nariz!… ¡Y menos comprendo todavía ni admito la necesidad de amoldar la lengua a tan extravagante discordia de los sentidos a nombre de la divina instrumentación!

Y no creáis, mis señoras, que exajero. Los decadentes no son desprevenidos y tienen su Código. Han ya reducido a preceptos las in-coherencias de sus sueños morfinizados en el Tratado del Verbo.

Establéese allí que cada letra tiene un color, cada color corresponde a un instrumento músico y cada instrumento simboliza una pasión o un modo de ser. Así, por ejemplo: La A es negra, lo negro es el órgano; el órgano expresa la duda, la monotonía y la simpleza. (Sic.)

La E es blanca, lo blanco es el harpa; el harpa es la serenidad, etc., etc.

De las combinaciones de letras, según ellos, nacen los diversos matices del sonido, del coloro y del sentimiento. He aquí pues la cábala judía aplicada a las bellas letras.

Como el niño que juega inocente al borde del precipicio, así estos poetas decadentes sonríen junto al abismo, en aquella triste penumbra vaga que separa la razón de la de-mencia.

Las aliteraciones, las combinaciones de letras y sonidos que ellos miran como nuevas, en su parte racional eran conocidos por el viejo Homero y usadas por Virgilio. Las armonías que ellos buscan con tan raro ahín-co, otros las encontraron ya sin salir de lo razonable, y es lo que los retóricos, desde Aristóteles hasta hoy, comprenden en la armonía de los sonidos musicales, la armonía imitativa y la armonía que establece el acuerdo entre la idea y las palabras con que se la da expresión.

No hay pues tal novedad.

VII

Es Rubén Darío decadente.

Él lo cree así; yo lo niego.

Él lo cree, porque poetiza la nueva escuela; porque siente las atracciones de la forma, como todas las imaginaciones tropicales; porque tiene fiebre de originalidad.

Yo lo niego, porque ni le encuentro las extravagancias características de la escuela decadente, por más que tenga las inclinaciones.

Lo niego, porque él no ensarta palabras para aparentar ideas, sino que tiene el divino numen que lo salva de las atracciones del abismo, como las alas del águila.

¡Ay de los incautos que pretendan seguir-lo!

La poética decadente de Darío es al Tratado del Verbo de lo que el hombre al mono.

Ella está consignada en un hermoso estudio que consagró a Catulo Mendes, donde él mismo se pinta de cuerpo entero y descubre los procedimientos que emplea.

Dice allí en son de reproche, que «Julio Janin consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el ama de las cosas.»

Otros encuentran que «hay un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta…» (¡Oíd!)… «¡Ah! Y esos desbordamientos de oro, esas frases kalei-

doscópicas, esas combinaciones armoniosas en periodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, ¡todo eso es sencillamente admirable!»

¡Sí, admirable, mientras el gusto sano la vivifique, mientras el grande arte de la palabra no dejenere en neuróticas orquestacio-nes!-

Darío va en busca «de lo bello, del encaje, del polvo áureo», quiere juntar la grandeza a los esplendores de la idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras»... quiere, «poner luz y color en un engaste, aprisionar el secreto e la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelan a primavera...» Y todo eso, en efecto.

De él diremos, como él de Catulo Mendes, que es un poeta de esquisito temperamento artístico, delicadísimo y bizarro; que escribe en prosa y casi rima; admirable fraseador que esmalta y enflora sus cuentos, y que pa-ra distinguirse tiene el sello de su estilo, de su manera de escribir como burilando en oro, como en seda, como en luz.

Va más lejos aún, y elogia en Méndes «el instinto que tiene de encontrar el valor hermoso de una consonante que martillea sono-ramente a una vocal, y su gusto por la raíz griega, por la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa.»

Catulo Méndes como Goutier, su suegro, es un parnasiano, pero con ribetes de simbolista decadente.

Darío es un poeta sui generis, con más facetas que el Ko-hi-noor de la India, y con más nervios y caprichos que Sara Bernhardt.

Su admiración por los primores y rarezas de la frase, su inclinación y gusto por los pequeños secretos del colorido de las palabras y armonías literales, han hecho, sin duda, que él se crea decadente.

No lo es dijimos, porque no tiene las es-travagancias de la escuela. Sus mismas sorpresas, novedades, rarezas de forma, son tan delicadas, tan hijas del talento, que se las perdonarían hasta los más empecinados hablistas. Suele haber raíces exóticas en su vocabulario, suelen deslizarse algunos graciosos galicismos; pero, es correcto, y si anda siempre a caza de novedades, jamás olvida el buen sentido, ni pierde le instinto de la rica lengua de Castilla al amoldar las palabras a su orquestación poética. No así en las cláusu-las de su florido lenguaje. Ellas tienen más el corte francés moderno, brusco, breve, nervioso, que el desarrollo grave, amplio, majes-tuoso de la frase castellana.

Sus bizarrerías, como él suele decir, hijas lejítimas son de una organización nerviosa, de las sangre juvenil, y sobre todo de la vive-za y esmalte de estas imajinaciones madura-das en los climas ardientes.

Sin embargo, no se puede desconocer su tendencia a los decadentes. Veo que tiene un pie sobre ese plano inclinado: si eso se hace de moda, temeré que la moda lo empuje y lo precipite.

¡Ah! ¡la Moda!… Conocéis sus caprichos locos y su imperio. Por culpa de ella ahí te-néis a nuestro poeta lírico enflautado en su larga levita y en el tubo lustroso de su sombrero, en vez de llevar flotando a la espalda el blanco albornoz de los beduinos, de holgados pliegues, airoso y elegante. El Yemen lo creería su hijo; el camello lo reconocería; tañería la guzla mora adornada con flores de granado, y las mujeres de ojos negros arrojarían jazmines a sus plantas.

¡Quiera Alhá, que no caiga en el abismo!

Lo que es por hoi, este bellísimo libro Azul, con arabescos como los de la Alhambra, pro-clama la estirpe de su autor, y prueba que no es él un decadente.

Si él lo dice, ¡no se lo creáis! ¡Pura bizarrería! ¡pura orquestación poética!

Vale más que eso. -Él es él, el poeta de Nicaragua, el que baña su frente en un nimbo de oro cuando sueña sus azules, y conversa con las hadas cuando modula sus rimas y canciones.

-Ecce homo!…

VIII

-¡Veamos ahora!

Allá en el fondo del Ática, cuando del viejo coro relijioso de las fiestas dionisíacas co-menzaba a desprenderse la trajedia, cuando Esquilo meditaba su Prometeo, el pueblo murmuraba en torno del altar del dios, un poco olvidado: -¡Nada por Dionisio! ¡Nada para Dionisio!…

Como el pueblo ateniense dirá acaso, mi buen amigo Rubén, al ver que dejo correr la pluma charladora por donde menos pensaba, y para nada me ocupo de su nuevo libro.

Ciertamente, darlo a conocer era mi intención al sentarme a escribir este Prólogo; pero,

¡me acontece como a un buen amigo mío, improvisador sin fin ni fondo, que se sentó a escribir una décima y le salió comedia!… Mas, pues tengo aún dos cuartillas blancas sobe la mesa, hagamos algo por Dionisio para que el pueblo no murmure.

Recorramos la reducida, pero rica galería de sus lienzos y acuarelas, de sus mosaicos y camafeos, de sus bronces y filigranas.

Venid, bellas ninfas, adornadas del arte; venid y admirad conmigo sobre el Azul joyan-te de esta prosa, el divino centelleo del Año Lírico, Lira de brillantes sobe mullido cojín de raso azul. -¡Entrad!

IX

¿Queréis ver y palpar lo que el viejo autor de las doloras llama la universalidad de una idea?

Aquí tenéis estos tres cuadros, -una pequeña trilogía:-El rei burgués, El velo de la reina Mab, La Canción del Oro. Miradlos bien.

¿Veis? -El protagonista es el Poeta, siempre el Poeta, solo, desconocido, abandonado, hambriento, casi un mendigo, y, sin embargo, como Colón lleva un mundo a la cabeza.

¡El burgués hecho rey, dueño del oro y del mando, ve al poeta y lo coloca más abajo que sus lacayos, allá, entre sus pájaros, donde dará vuelta sin cesar al manubrio de un organillo!… Es noche de crudo invierno; la sala del festín arde como una ascua de oro, por sus ventanas salen bocanadas de luz y esplosio-nes de alegría; ¡ahí se goza y se ríe; ahí se aplauden locamente las hinchadas necedades de un retórico!… Y afuera ¡oh sarcasmo! la nieve, el hambre, la desesperación… el Poeta que muere a la luz de las estrellas melancólicas.

¿Habéis comprendido? Ese poeta, ese genio que pasa desconocido al lado de los grandes de su tiempo, que vive sufriendo y muere de pena y de frío, tiene muchos nombres, se llama Homero, Camoens, Taso, Shakespeare, Miguel Cervantes… -¡Comparad estas frentes humildes tocadas por el dedo de Dios, con las altivas testas coronadas por mano del hombre o del capricho!…

Ahí tenéis la eterna historia del oro burgués aplastando al talento, y, del estro enca-denado a la miseria; ahí tenéis la

universali-zación de la idea expresada poéticamente.

Este viejo cuento, narrado con gracia nueva y encantadora, es una tela que merece marco de oro. ¿No es verdad, hermosa lectora? -Pero, ¡qué diantre!… ¡Os quedáis pensativa! ¿Vuestra frente delicada se dobla al peso de graves pensamientos?… ¡Ah! ¡es que eso nace del fondo mismo del cuadro, que el autor, por una amarga ironía, ha llamado cuento alegre!

Campoamor quiere que la idea poética se haga imagen para que la veamos, y en seguida se humanice para que la sintamos. La imagen es el cuento mismo, y, no me tengáis por viejo murmurador si os agrego, que, aquí esa humanización es… ¡nuestro poeta en persona!… ¡Chit!… Sólo para vosotras… ¡Imagi-nadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaíso, tratando de fardos, contando barricas, alineando números en negras columnas! ¡Imposible! ¡Y hai sin embargo, que dar vuelta al manubrio!… ¡Ah!

¡creedme, yo lo comprendo… pero, al menos, él, lleno de juventud, lleva en el pecho la esperanza…!

¡La Esperanza! Sí, esa es la ninfa ilusión que él vio en su Cuento parisiense, tan sabroso, tan graciosamente bello como la ninfa misma que allí veis, esa que surje del cristal tembloroso de las aguas con una sonrisa pi-caresca. Pero no divaguemos.

Volvamos a nuestro Poeta muerto de pena y de frío; vamos a verlo resucitar en el cielo de la fantasía.

¿Conocéis a la diminuta reina Mab, aquella que Shakespeare pasea por el país de los sueños y de los enamorados, donde vagan Romeo y Julieta? Ella, -el hada gentil que baja por un rayo de sol, en su pequeño carro hecho de una sola perla y

tirado por cuatro coleópteros empenachados, de bruñidos ca-pacetes y trasparentes alas,- ella, ella será la que emancipe al Poeta. Al menos conseguirá siquiera adormecerlo, engañará su dolor, lo hará olvidar sus penas. ¿Sabéis cómo? Mirad el lienzo; allí la veis; compasiva y tierna en-vuelve al Poeta en su velo azul, casi impalpable y tan tenue como la sombra de una ilusión. Ese velo encantado trae consigo los dulces sueños, y hace ver la vida color de rosa.

¿Comprendéis ahora?

Dante borró la esperanza y creó el infier-no, ¡Lasciate ogni speranza!… Arrojad la divina esperanza sobre la noche y tendréis el día.

Eso hizo la reina Mab.

Desgraciadamente, ese velo delicado se rompe y se evapora al soplo brutal de la realidad, fría y dura y tremenda.

La hora de los desengaños no tarda. -El harapiento con trazas de mendigo, el peregrino, el poeta, despierta bruscamente al sentir que le escupe al rostro el desprecio e los palacios, llenos de lacayos galoneados, y el crujir insolente de la seda meretricia.

Y, aquella especie de mendigo sonríe y se hiergue. ¡Sobre su frente dantesca se amon-tonan las sombras como las nubes en torno de la montaña, y brillan sus ojos con los re-lámpagos de la indignación, y su lengua, co-mo la de Juvenal, estalla al fin en rayos ven-gadores! Ésa es la sátira acerada contra las corrupciones de la riqueza, ésa la Canción del Oro, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada, que el porta da al viento de la noche, y que en ecos quejumbrosos prolongan las tinieblas sobrecogidas.

Mas, por desgracia, estas voces vengado-ras no llegan al oído sordo de los poderosos, ni a su corazón, más duro que el bronce, más duro que la bóveda del Banco, y a prueba de generosas compasiones.

¿Qué se hizo el poeta? ¡Ya no está la reina Mab!… El velo azul no existe,… la Canción del Oro fue dispersada al viento del olvido…

¿Acaso no habrá algún epílogo para nuestra trilogía? Recorramos la galería… ¡Ah!… ¡Ah!…

¡sí lo hay!… El poeta se ha hecho bohemio, y hoi vive en la vieja Lutecia, en ese París que aspira a ser el cerebro del mundo porque es su corazón. Ahí está. Le conozco a pesar de su metamorfosis.

Del país de las hadas hemos pasado, pues, a la prosa de la vida, y nos hallamos en le café Plombier, en plena bohemia, bock en mano y la pipa en la boca… Allí se agitan revueltos, grupos de estudiantes y artistas, de perdidos y pensadores, cabezas fosforescen-tes donde hai algo, frentes juveniles que buscan afanosas el viejo laurel verde.

Allí está aquel Garcín, querido entre todos, triste, soñador, buen bebedor de ajenjo, bravo improvisador, y, como bohemio, un Ba-yardo sin miedo ni tacha. Ya lo veis, ha cambiado de traje y de escenario, pero es el mismo poeta anónimo a quien el rei burgués dejó morirse de hambre, a quien Mab envolvió en su velo, el mendigo que lanzó a los aires como una saeta de fuego, su estridente Canción del Oro.

La bohemia lo llama el Pájaro Azul. Él hace madrigales y coge violetas silvestres para Nini, su linda vecina.

Mas, el idilio candoroso y dulce es bruscamente interrumpido por la muerte de Nini.

Garcín sonríe tristemente, se despide de sus amigos como en broma, pero con palabras misteriosas, y, en seguida, pone fin al idilio saltándose los sesos.

Así, pues, el epílogo de esta lucha trágica del genio con el destino, remata en el suici-dio, ¡heroica cobardía, sublime necedad! El oro y la ceguera humana lo combaten, la esperanza lo consuela, el amor lo levanta, pero, al fin, como el epicureano Lucrecio, corta las amarras de la negra barca y se engolfa medi-tabundo en el piélago de la eternidad.

Aguardad, que hai algo aún más sombrío y más humano en esta galería d'èlite; algo digno del lápiz de Goya. Se diría que es un epi-sodio caído de la cartera de Víctor Hugo, algo como una pájina de los Miserables o de los Trabajadores del Mar, suavizada por la pluma de d'Amicis.

-Mostradnos, pues, el pequeño prodijio.

-Ahí lo tenéis. Se intitula El Fardo. ¿No es verdad que esa tela hace estremecer el alma?

Es hermosamente sombría, tiene los sacudi-mientos de la trajedia, y llena los ojos de lá-

grimas silenciosas.

Baja la tarde; a orillas del mar azul y pérfido, un viejo jornalero inválido cuenta la triste suerte de su hijo, uno de los hércules anó-

nimos de nuestras playas. Él era el sustento el pobre rancho; él trabajaba sin descanso al sol y al viento, a veces con el agua a la cintura, para llevar un mendrugo a su madre

anciana y para algo más… para enriquecer a los ricos. Él se reía de la muerte y desafiaba el peligro, mas un día la muerte lo cogió en su trampa horrible y lo aplastó. -¿Cómo? -Un fardo pesadísimo se balanceaba pendiente del brazo colosal de un pescante que lo alzaba sobre el abismo. ¡De repente cruje la madera, las cadenas rechinan, estallan las gruesas cuerdas con estrépito, y aquella masa brutal cae y aplasta al hombre del trabajo como a un vil gusano!… ¡Sombría imagen del pueblo, víctima del fardo ajeno y sufriendo siempre en silencio!

¿Lloráis?… Pasemos a otra cosa…

¡Aire de primavera; olor a rosas; cuadro de amor, señoritas!…

El pintor lo llama, Palomas blancas y garzas morenas… Yo le daría otro nombre…

-¿Cuál? ¿Cuál?… ¡Veamos!

-Claro de luna y rayo de sol.

Nada más fresco ni más delicado, nada más humano ni más divinamente escrito.

Ese par de acuarelas entrelazadas en un medallón y que se completan y armonizan, ese poema del primer amor sentido por un niño y expresado por un hombre, por sí solo bastaría a formar una reputación literaria.

¡Qué!… ¡muchacha coqueta, con que te tapas lo ojos para no ver, y atisbas a hurtadi-llas por entre los dedos!…

¡Eh! ¡Dejad a los clérigos del Estandarte la gloria de tejer fajas púdicas para la Venus de Milo, y buscar desvíos

místicos para las sanas palpitaciones de la madre naturaleza!…

Lo bello, lo verdadero y lo bueno, son las tres hipótesis de la santa trinidad del arte, tres colores distintos producido por un solo rayo de luz divina. Lo bello tiene que ser verdadero; no puede dejar de ser bueno.

¿Creeríais hacer buena obra condenando la verdad de esta belleza? ¡Condenad entones la naturaleza misma!

El cuadro del primer beso forma artísticamente la transición natural de los Cuentos al Año lírico, de la prosa elegante y cadenciosa a los versos de divina estirpe.

Pero, un momento más; echad aún un vistazo sobre estas otras pinturas. Aquí está la niña clorótica que se muere sin saber de qué, arrebatada por una hada benéfica al palacio del Sol, donde encuentra sus colores perdidos y recobra la alegría.

Ved más allá aquellos pequeños gnomos fornidos, de luengas barbas grises, con el hacha al cinto y caperuzas encarnadas.

¿Mundo fantástico, mundo alemán de Kobolt y Níquel?, de gnomos que conocen el secreto de las montañas, y saben en qué entraña de la tierra está escondido el tesoro de los Nibelungos. Ajitado y revuelto hierve ese sub-mundo de los pigmeos, porque el hombre, en su audacia creciente ha osado sacar de sus crisoles el zafiro y los rubíes, que ellos custodian noche y día en sus yacimientos seculares. ¿Queréis saber la leyenda del rojo rubí, de ése brillante como el ojo sanguinolento de una divinidad infernal? - Escuchad al viejo gnomo; él os va a contar…

*

Nos provocan al pasar, estas dos pano-plias, como han dado nuestros pintores en llamar a las colecciones de esbozos y bocetos que encuadran en un mismo marco, o en al-gún madero acuartelado, a la manera e los viejos escudos de armas.

Este es EL ÁLBUM PORTEÑO, la otra el SANTIAGUINO.

Aquí tenéis a Ricardo; en busaca de impresiones y panoramas sube a los cerros de este Valle del Paraíso, que no es paraíso ni es va-lle. Sigue una vía tortuosa de casas trepan-tes, escalonadas del pie del cerro a la cumbre, graciosas, alegres, pintorescas, unas como blancos palomares entre la verdura, otras como castillos aéreos asomadas al abismo.

Mientras más se sube, como pasa en la vida, mayores horizontes se abarcan, más crece el cielo y más el mar. Y en las calles ascendentes del Cerro Alegre y en la estéril soledad del Camino de Cintura, Ricardo ve, medita, y escribe después, lo que pocos ven, menos meditan y ninguno ha escrito.

Veamos lo que él ha visto.

En el jardín de esa casita inglesa, ahí te-néis a Mary cojiendo flores de la mañana, rubia aérea y fresca… creación delicadísima hecha de una feliz pincelada y digna de tentar a un Fortuny. Luego, al lado de esa acuarela sonrosada y lila, un paisage chileno a lo Ru-gendas, representando al huaso de nuestros campos y su buey; gordo éste, resignado, paciente y rumiando filosóficamente su pasto y su destino. Más allá, al rojizo resplandor de la fragua, los cíclopes de delantal de cuero, que forjan el hierro incandescente al compas de sus martillos. -¡Ah! acá tenéis la Virgen de la Paloma, creación murillesca, con su niño en los brazos. El

bambino ajita las manecitas y las piernas rollizas y muestra en sus movimientos, «querer asir la blanca paloma, bajo la cúpula inmensa del cielo azul»… Ahí tenéis, en el rincón, en el último término, esa cabeza que asoma a medio bosquejar: bajo sus sienes artísticas se siente palpitar el pensamiento, y se ve algo como el aleteo de millares de mariposas prontas a derramarse por los aires.

Es un autoretrato; está al fin ahí como una firma.

Recorramos ahora el Album Santiagués; mas no creáis, extraviados por el nombre, que el artista fue en romería a Santiago de Compostela en busca de sus cuadros. No, nada de eso; se trata de nuestras vistas santiaguinas, de nuestra alameda de Santiago de Chile, con su sin par Cordillera de pórfidos abigarrados y de nieve, blanca a la mañana, rosicler a la tarde; con sus árboles, sus palacios, sus fuentes y sus estatuas; con sus filas interminables de lujosos carruajes charolados; con sus paseantes ajustados al último corte parisiense, y su exhibición dominguera de lindas mujeres ávidas de mirar y de ser miradas. Tras de esta vista de conjunto, aquel segundo cartón del panneaux nos in-troduce al misterioso retrete de una dama santiaguina. Delante de su tocador ensaya un trage Pompadour a la manera de las marque-sitas empolvadas de Watteau, y ensaya al mismo tiempo las armas de su gracia con-quistadora. Va al baile de fantasía… Estará irresistible…

Aquí tenéis una naturaleza muerta; allá, un estudio al carbón, una dama misteriosa con el manto a los ojos, orando en la penumbra del templo, más allá un risueño paisaje de la Quinta Normal, con sauce confidente, y a su amparo una feliz pareja, -¡acaso una cita!- y luego, un capricho e luz, un rayo de luna que resbala sobre la frente pálida del soñador incorregible y va a perderse en la bruma nocturna.

Tal es el Azul a vuelo de pájaro.

X

Estoi cansado; sentémonos un momento.

¿Cuál creéis que es la prenda más sobre-saliente del autor de estos cuentos?

-¡Su inspiración!…

-¡Su fantasía!…

-¡Su originalidad!…

-¡Su elegancia!…

-¡Eh! me refiero a otra cosa.

Rubén Darío tiene el don d ela armonía bajo todas sus formas. Ya es la armonía imitativa, que nace como sabéis, de la acertada combinación de las palabras, cual aquella

«agua glauca y oscura que chapoteaba musicalmente bajo el viejo muelle», y, «el raso y el moaré que con su roce ríen»… Cito de memoria, por no darme el trabajo de la elección donde a cada paso brotan espontáneas las preciosas onomatopeyas.

Fuera de la armonía imitativa hai aquí en grado supremo, aquella otra, que convierte la lengua en una flauta suave y sonora; y hai la gran armonía, la más artística de todas, la que consiste ne le perfecto acuerdo entre la idea y su expresión, de manera que parezcan ambas nacidas a la par y la una para la otra.

Agregad a estas tres faces de la armonía, las melodías del lenguaje sometido a la lei del metro y el ritmo, y sabréis en qué nuestro poeta es maestro como pocos. El don de la armonía es uno de los secretos que tiene pa-ra encantarnos.

XI

En el Año lírico hai pocas, pero escojidas composiciones.

Nada más delicado que su canto de Primavera; nada más espléndido que su Estival.

En la Primaveral, suelto y gracioso romance que huele a rosas, es notable la armonía entre el tema desarrollado y las imágenes, figuras, tropos, epítetos y combinaciones de sonidos que se emplean. Corre por toda la composición un aire fresco y embalsamado de primavera y juventud que alegra el alma y templa los nervios, como si realmente nos halláramos en la estación florida de los rimeros amores.

Pocas, muy pocas composiciones del géne-ro ha producido la Musa juvenil de América que a ésta se igualen.

Yo, apenas sí retocaría un solo veros para dar mejor colocación a los acentos, y diría: Dame que aprieten mis manos

las tuyas de rosa y seda,

y ríe, y muestren tus labios

su húmeda púrpura fresca

Así, éste octosílabo dactílico llevaría sus acentos, como es debido, en las sílabas 1ª, 4ª y 7ª.

Tras los toques de aroma y color campestres, propios de la savia que sube, y las yemas que revientan, y los botones que se abren, y del amor que germina en nidos y corazones; tras del dulce reclamo a la amada, propio del mes de flores y

de un alma de un poeta, viene aquel final espléndido de perfil griego, que hace rematar tan elegante composición en una anacreóntica perfecta.

¡Oh, y la ESTIVAL! ¡Qué nervio y que estro! ¡Qué admirable talento pictórico!… No trepido en afirmar que éste es uno de los más bellos trozos descriptivos del Parnaso Caste-llano.

El estío está simbolizado en los amores de dos tigres de Bengala. La real hembra apare-ce sola en escena «con su lustrosa piel manchada a trechos». Una sensación extraña la agita…

Salta de los repechos

de un ribazo, al tupido

carrizal de un bambú; luego, a la roca que se yergue a la entrada de su gruta.

Allí lanza un rujido,

se agita como loca

y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.

Es el mes del ardor. Parece el suelo rescoldo; y en el cielo

el sol inmensa llama.

…

Siéntense vahos de horno,

y la selva africana

en alas del bochorno

lanza, bajo el sereno

cielo, un soplo de sí. La tigre ufana respira a pulmón lleno,

y al verse hermosa, altiva, soberana, le late el corazón, se le hincha el seno.

Ésta es la introducción, éste el medio ambiente encendido en que la escena va atener lugar.

Las coqueterías felinas de aquella fiera que ensaya las uñas de marfil en la roca, que se lame y repule, que ajita nerviosa el inquieto y felpudo rabo, que husmea, busca, va… y exhala como un suspiro salvaje, no son por cierto, perdidas. Sus efluvios vuelan, y luego, un rujido callado

escucho. Con presteza

volvió la vista de uno y otro lado.

Y chispeó su ojo verde y dilatado

cuando miró de un tigre la cabeza

surjir sobre la cima de un collado.

El tigre se acercaba.

Era mui bello.

Gigantesca la talla, el pelo fino, apretado el hijar, robusto el cuello.

…

Al caminar se vía

su cuerpo ondear con garbo y bizarría.

Se miraban los músculos hinchados

debajo de la piel y se diría,

ser aquella alimaña

un rudo gladiador de la montaña.

…

Pero, a este paso tendría que citarlo todo.

Leedlo, leedlo y encontraréis razón a mi entusiasmo. La pintura del tigre es a la manera de Leconte de l'Isle, como lo es el encuentro de las dos fieras, y la legada inesperada del príncipe de Gales que va de caza. Detiénese al ver aquellas fieras terribles que se acarician sin sentir lo que pasa a su lado; avanza, apunta, hace fuego, y al estruendo El tigre sale huyendo

y la hembra queda, el vientre desagarrado.

¡Oh, va a morir!… Pero antes, débil, yerta, chorreando sangre por la herida abierta con ojo dolorido

miró a aquel cazador, lanzó un gemido como un ¡ay! de mujer… y cayó muerta.

Aquí cierra naturalmente el cuadro, y siempre nos parecerá pegadizo el trozo final.

Por la propiedad quisiéramos que la escena pasara en la India, cuna de tigres bengaleses, y soto de caza de los Príncipes de Inglaterra, y no en la selva africana, elejida por error.

Por la misma razón suprimiríamos aquel kanguro, que salta huyendo por el ramaje oscuro, llevado a tierra de tigres reales por la sola atracción del consonante.

Pero, éstos son lunares fáciles de reme-diar, y en nada amenguan el mérito de la obra.

Los cantos que Darío consagra al Otoño y al Invierno están cuajados de bellezas como nuestro cielo austral de estrellas. Renuncio a contarlas.

El Pensamiento de Armand Silvestre es a las otras composiciones lo que la hoja a los pétalos, y Abatkh, -no se si griego o japo-nés,- es la oda más delicada y bella a la paloma que pueda darse, deslucida por un final desgraciado, que debe suprimirse sin vacilar.

Si el autor quiere después del canto de felicidad completar su idea, si quiere pintar-nos la desgracia asechando al que sonríe, si quiere encarnar el gavilán devorando a la paloma imagen de la fatalidad (que es lo que anatké significan) maneje de otra manera su conclusión.

A él no le es lícito dejar de ser artista, ni un solo momento.

Anagké comienza así:

Y dijo la paloma:-

Yo soi feliz. Bajo el inmenso cielo, en el árbol en flor, junto a la poma llena de miel, junto al retoño suave y húmedo por las gotas de rocío,

tengo mi hogar…

…

¡Soi feliz! porque es mía la floresta, donde el misterio de los nidos se halla; por que el alba es mi fiesta

y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz, por que de dulces ansias llena calentar mis polluelos es mi orgullo; porque en las selvas vírgenes resuena la música celeste de mi arrullo.

Porque no hai una rosa que no me ame, ni pájaro gentil que no me escuche, ni garrido cantor que no me llame.

-¿Sí? dijo entonce un gavilán infame.

Y con furor se la metió en el buche.

Este último es un verso plebeyo que desdi-ce de los demás, tan donosos y bien nacidos.

Al menos, me hace mal efecto. Pero, lo que sí debo confesar que encuentro inadmisible bajo todo punto de vista, es el siguiente desgraciadísimo final, que puede y debe suprimirse, por innecesario a la obra, por antiartístico y por blasfemo.

Sí; notadlo bien, señoritas, yo, libre-pensador, yo, a quien sin conocer llaman ateo las buenas monjas de Dos Corazones, no acepto estas intemperancias dañinas al arte.

Continúa el poeta:

Entonces el buen Dios allá en su trono, (mientras Satán, para distraer su encono aplaudía a aquel pájaro zahareño),-

se puso a meditar. Arrugó el ceño, y pensó, al recorrer sus vastos planes, y recorrer sus puntos y sus comas, que cuando crió palomas

no debía haber criado gavilanes.

¿A propósito de esto, me permitís, amigas mías, una última digresión antes de despe-dirnos?- -¡Sea!

Habéis de saber que don Alfonso el Sabio, rey mui dado a la astronomía, como que escribió las Tablas Alfonsíes que de los astros tratan, ofuscado por los errores a que lo indu-jo el sistema de Tolomeo, culpaba al Creador de los desórdenes e incongruencias que creía encontrar en el mecanismo del universo. La crítica que el buen rey creía hacer al Autor de los cielos, en realidad la hacía a Tolomeo, a quien él seguía, como los árabes sus maestros. Así quienes lo culpan del aparente des-orden moral e injusticias de esta baja tierra, lo que en realidad condenan es su propia, falsa concepción de las cosas.

No sabemos explicarnos por qué el halcón devora a la paloma, y nuestra ignorancia se retuerce contra el Creador del Cielo y de la tierra, origen de la justicia y fuente de todo bien.

Admiremos la obra, amenos a su Autor.

Sin eso no hai arte. Lo bello, lo verdadero, lo bueno brotan del seno de la naturaleza, como la luz, el calor y la vida brotan del sol. L'art c'est d'azur. [XXXIV]

¿Sois poetas? ¿amáis el arte?- Dónde hallaréis mejor modelo ni mejor maestro que en esa santa y buena y sabia naturaleza, siempre bella, siempre riente, siempre pro-ductora, siempre virgen y madre, de cuyo seno nace el arte griego como Venus de las espumas, como Minerva del cerebro de Jove.

Buscad en la naturaleza el secreto de la poesía. Ella os dará los elementos inertes y los elementos vivos de los afectos.

Ella es cielo, aire y tierra: ella es hombre y mujer, luz y amor, ciencia y virtud, color y armonía…

escala misteriosa que remata en Dios.

Por favor, lindas lectoras, suprimid ese desgraciado final. Si el autor no lo hace, su-primidlo por él, en prueba de cariño y de agradecimiento por el goce estético que os habrá producido la lectura de tan lindo libro; por los ensueños que os habrá producido la contemplación del precioso cofre artístico que lleva grabado en la tapa como un misterio la palabra Azul… y guarda dentro las joyas regias del Año lírico.

Y decidme ahora, corazones sensibles, capaces de sentir las nobles emociones del arte, ¿no es verdad que el autor de este pequeño libro es un gran poeta?

La envidia se pondrá pálida: Nicaragua se encojerá de hombros, que nadie es profeta en su tierra; pero, el porvenir triunfante se en-cargará de coronarlo.

Vosotras que me creéis, porque sabéis sentir y presentir, saludad al poeta a su paso, como las vírgenes Sulamitas a David el cantor, y no temáis engañaros, que él lleva consigo las tres palabras de pase para el templo de la inmortalidad:

Eros -Lumen -Numen,

E. DE LA BARRA.

C. E. de la Real Academia Española Cuentos en prosa

El Rei Burgués

Cuento Alegre

¡Amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre… así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

***

Había en una ciudad inmensa y brillante un rei mui poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos, y monteros con cuernos de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rei poeta? No, amigo mío: era el Rei Burgués.

***

Era mui aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica, canciones alusi-vas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rei sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

***

El rei tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y estensos estanques, siendo saluda-do por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto.

Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyen-do novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosi-llescas. Eso sí: defensor acérrimo de la co-rrección académica en letras, y del modo lamido en artes; ¡alma sublime amante de la lija y de la ortografía!

***

¡Japonerías!¡Chinerías! por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fau-na desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de jestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hai guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rei de naipe.

***

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba ro-deado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

-¿Qué es eso? preguntó.

-Señor, es un poeta.

El rei tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y estraño. -Dejadle aquí.

Y el poeta:

-Señor, no he comido.

Y el rei:

-Habla y comerás.

Comenzó:

***

-Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escojida que debe esperar con el

himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de peque-

ñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde es-pumea el vino que embriaga sin dar fortale-za; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ánjel soberbio, o como un se-midiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo ajitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envolto-rios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es augusto, tiene mantos de oro o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones.

Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de la mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!…

El ideal, el ideal…

El rei interrumpió:

-Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

-Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

-Sí, -dijo el rei,- y dirijiéndose al poeta: -

Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.

***

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín… ¡avergonzado a las miradas del gran sol!

¿Pasaba el rei por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín…! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres, que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el

rostro y le llenaban los ojos de lágrimas, ¡tiririrín…! ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rei y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, ¡tiririrín!

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz.

¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infe-liz cubierto de nieve, cerca del estanque, da-ba vueltas al manubrio para calentarse ¡tiririrín, tiririrín! tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo reso-nar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, tiririrín… pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, tiririrín…, y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro… Hasta que al día siguiente, lo hallaron el rei y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con

una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

***

¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías…

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista!

La Ninfa

CUENTO PARISIENSE

En el castillo que últimamente acaba de adquirir Lesbia, esta actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmedo, blanco entre las yemas sonrosadas.

Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgo-

ña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. É-

ramos todos artistas, quien más, quien menos, y aún había un sabio obeso que ostenta-ba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo: -¡Ah, sí, Fremiet!- Y de Fremiet se pasó a sus animales, a su cincel maestro, a dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro como mirando al cazador alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte: Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo.

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada arjentina:

-¡Bah! Para mí, los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronces, y si esto fuese posible, mi amante sería uno de esos velludos semi-dioses. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

-¡Bien! Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos; pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como resplandeciente de placer.

***

-Sí, -continuó el sabio:- ¿con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? El perro jigantesco que vio Ale-jandro, alto como un hombre, es tan real, como la araña Kraken que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años fue en busca del viejo ermitaño Pablo que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién le dio las señas del camino que debía seguir? Un centauro, medio hombre y medio caballo, -

dice un autor,- hablaba como enojado; huyó tan velozmente que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo viaje San Antonio vio un sátiro «hombrecillo de estraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra».

-¡Ni más ni menos -dijo Lesbia- M. de Co-cureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

-Afirma San Jerónimo que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, viole el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía la lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

-Dice Alberto Magno que en su tiempo co-gieron a dos sátiros en los montes de Sajo-nia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie, y sólo un brazo en el pecho. Vincencio vio en su época un monstruo que trajeron al rei de Francia; tenía cabeza de perro; (Lesbia reía) los muslos, brazos y manos tan sin vello co-mo los nuestros; (Lesbia se ajitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas) comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

-¡Colombine! -gritó Lesbia-. Y llegó Colombine, una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomola su ama, y entre las explo-siones de risa de todos:

-¡Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dio un beso en la boca, mientras el animal se extremecía e inflaba las naricitas como lleno de voluptuosidad.

-Y Filegón Traliano -concluyó el sabio ele-gantemente- afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes. Además...

-Basta de sabiduría -dijo Lesbia. Y acabó de beber la menta.

Yo estaba feliz. No había desplegado mis labios. -¡Oh -exclamé- para mí, las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque como Ac-teón, fuese despedazado por los perros. Pero las ninfas no existen.

Concluyó aquel concierto alegre, con una gran fuga de risas, y de personas.

-Y ¡qué! -me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada como para que sólo yo la oyera- ¡las ninfas existen, tú las verás!

***

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el vermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virjen. Después, los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejeos, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos jigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la

arboleda, en el estanque donde hai cisnes blancos como cincelados en alabastro y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh Numa! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por las bre-chas de las hojas. ¡Ah! yo vi lirios, rosas, nieve, oro; vi un ideal con vida y forma y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, co-mo una risa burlesca y armoniosa, que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante a Citerea en su on-da, y recogiendo sus cabellos que goteaban brillantes, corrió por los rosales tras las lilas y violetas, más allá de los tupidos arbolares, hasta ocultarse a mi vista, hasta perderse, ai, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastri-nas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo estremo brillaba bruñi-da el ágata de sus picos.

***

Después, almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada, entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el salón, escla-mó Lesbia con su alegre voz parisiense.

-¡Té! como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas!… -La contemplaron todos asombra-dos, y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía, se reía, como una chicuela a quien se le hiciesen cosquillas.

El Fardo

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, co-mo un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las go-rras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

***

Todos los lancheros se habían ido ya; so-lamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeara un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

-Eh, tío Lucas, ¿se descansa?

-Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la

vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviendo de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fue militar! ¡Conque de mozo fue soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencias para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y…

Y aquí el tío Lucas:

-Sí, patrón, ¡hace dos años que se me mu-rió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

-¿Que cómo se me murió? En el oficio, por darnos de comer a todos; a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

***

El muchacho era mui honrado y mui de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; ¡pero los miserables no deben aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buei. Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo, y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo mui enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y

eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartala-das, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faro-les, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse co-mo cubas y a gritar y patalear como conde-nados. ¡Sí! entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió, y pronto estuvo sano y en pie.

Luego, llegaron después sus quince años.

***

El tío Lucas había logrado, tras mil priva-ciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de

la neblina, cantando en baja voz alguna triste, y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Lucha-ban como desesperados por ganar la playa.

Cerca de ella estaban; pero una racha maldi-ta les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, gracias a Dios! como decía el tío Lucas al na-rrarlo. Después, ya son ambos lancheros.

***

¡Sí! lancheros; sobre las grandes embarca-ciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hiiooeep! cuando se empujaban los pesados bultos para engan-charlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí! lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Íbanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban, al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha. Empezaba el trajín, el cargar y el descargar. El padre era cuidadoso: -

¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! Que vas a perder una canilla! -Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de roto viejo y de padre encariñado.

***

Hasta que un día el tío Lucas no pudo mo-verse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y ali-mentos: eso sí.

-Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoi es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro.

En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo, el son del hierro; traqueteos por do-quiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana; los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un bada-jo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Éstos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno mui pesado, mui pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos. -Letras «en diamante» -decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezu-dos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

***

Sólo él faltaba.

-¡Se va el bruto! -dijo uno de los lancheros.

-¡El barrigón! -agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y a desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajo la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! Mientas la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y ca-

yó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día, no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destro-zado al que se abrazaba llorando el reumáti-co, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver a Playa-Ancha.

***

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de una puerta, en tanto que una brisa glacial que venía del mar afuera pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

El Velo de la Reina Mab

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repar-tido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas; a quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quienes talones

fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienen las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

***

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero: -¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arran-cado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafond color de cielo.

Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias!

Tú eres para mí soberbio y augusto como un semi-dios, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico chitón, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simula-cro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal

inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cin-celo el bloque me ataraza el desaliento.

***

Y decía el otro: -Lo que es hoi romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris, y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificen-cias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleo-patra en dos pesetas para poder almorzar!

¡Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí adentro…!

***

Y decía el otro: -Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales, brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden apri-sionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el

canto del pája-ro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manico-mio.

***

Y el último: -Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor.

Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes má-

gicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces si veis mi alma, conoceréis a mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre…

***

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sue-

ños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos

e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bai-lan estrañas farandolas al rededor de un

blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

La Canción del Oro

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hai desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol mori-bundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores.

Tras las rejas se adivinaban estensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y

allá en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la

gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá!

Más allá el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la yerba trémula y humilde. Y

más allá…

***

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un break flamante y charolado, negro y rojo. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente: el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de fusta arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

***

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho y fue opresión y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fue la visión de todos los mendigos, de todos los desamparados, de todos los miserables, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven,

¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estóma-go. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

***

Aquella especie de poeta sonrió: pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dio al viento su himno.

Nada más cruel que aquel canto tras el mor-disco.

***

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sóli-do, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna, y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los cé-

sares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas y da la vida y hace engordar los tocinos privile-jiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al estremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es una música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del traba-jador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarra; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo, tela de que Fidias hace el trage de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisíaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea, como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de se-da, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Gerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldeci-do por Pablo el Hermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la

noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvages del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca, misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como una gran muchedumbre de libras ester-linas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solem-nidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

Unámonos a los felices, a los poderoso, a los banqueros, a los semi-dioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

***

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco re-sonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dio su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

El Rubí

-¡Ah! ¡Con que es cierto! Con que ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matraces, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chev-reul -cuasi Althotas-, el químico Fremy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo -que era sabidor y de genio harto vivaz- seguía mono-logando.

-¡Ah, sabios de la edad media! ¡Ah Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y ni-gromancia, llega un hombre del siglo décimo nono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos! ¡Pues el conjuro! fusión por veinte días, de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo: coloración con bicromato de potasa, o con óxido de cobalto. Palabras en verdad, que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.

***

El cuerpo del delito estaba ahí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granda al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llega-do.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbunclos que en el techo de piedra cen-telleaban, incrustados, hundidos, apiñados, en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores, podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapizlázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizacio-nes; cerca de calcedonias colgantes en esta-lacticas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes, y los zafiros, en amonto-namientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejaban grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, cir-cundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dul-zura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada mui levemente.

Puck se había entrometido en el asunto,

¡el pícaro Puck! Él había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas

flamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos curiosos, Puck dijo así:

-Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tira-ban de los bigotes; daban las gracias a Puck, con una pausada inclinación de cabeza; y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro, las lindas alas, semejantes a las de un hipsipilo.

Continuó:

-¡Oh Tierra! ¡Oh mujer! Desde el tiempo en que veía a Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

-¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los vi por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los rastquers, en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícara sonrisa siempre:

-Yo me colé hasta cierto gabinete rosado mui en boga… Había una hermosa mujer dormida. Del cuellos le arranqué un medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis.

Todos soltaron la carcajada. ¡Qué casca-belco!

-¡Eh, amigo Puck!

¡ Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre o de sabio, que es peor!

-¡Vidrio!

-¡Maleficio!

-¡Ponzoña y cábala!

-¡Química!

-Pretender imitar un fragmento del iris!

-El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

-Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto de patriarca hecho pasa, su cara llena de arrugas:

-¡Señores! -dijo- ¡que no sabéis lo que habláis!

Todos escucharon.

-Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasa-do el oro, que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra, y caí a un lago donde violé a una ninfa; yo el viejo, os referiré de cómo se hizo el rubí.

Oíd.

***

Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería, y cuyas manos estendían su movible sombra en los muros,

cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz.

-Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorgeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y de abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz; y en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento o balido o cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado.

Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un gran árbol, una encina añeja. Luego, bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber ahí…

Ahora, oíd mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risa áureas, festivas; y allá, entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas…

-¿Ninfas?

-No, mujeres.

***

-Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar una patada en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí, sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer la agarré de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeé el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro; abajo el gnomo soberbio y vencedor.

Un día yo martillaba un trozo de diamantes inmenso que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi bella, me engañaba.

Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba a un hombre, y desde su prisión le enviaba sus suspiros. Estos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él; y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada, tenía -

yo lo notaba- convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos así se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

***

Había acabado yo mi trabajo; un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como labios con sed, esperando el brillante despedaza-miento del rico cristal. Al fin de la faena, cansado, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oír algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay! y queriendo huir por el agujero abierto por mi masa de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas.

¡Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, le di mis besos más ardientes; mas la sangre co-rría inundando el recinto, y la gran masa diamantina, se teñía de grana.

Me pareció que sentía, al darla un beso, un perfume salido de aquella boca encendida; el alma el cuerpo quedó inerte.

Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semi-dios de las entrañas terrestres pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos…

***

Pausa.

-¿Habéis comprendido?

Los gnomos mui graves se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

-¡Mirad, no tiene facetas!

-¡Brilla pálidamente!

-¡Impostura!

-¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían: -¡He aquí! ¡He aquí lo nuestro, oh madre Tierra!

Aquella era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

-¡Y bien! el desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos, -con desdén terrible- a un hoyo que abajo daba a una antiquísima selva carboni-zada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron a bailar asidos de las manos una farandola loca y sonora.

¡Y celebraban con risas, el verse grandes en la sombra!

***

Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba -siempre con su sonrisa sonrosada!- Tierra… Mujer… ¡Por qué tú, oh madre Tierra! eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina, y la casta flor de lis. ¡Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! ¡Y tú Mujer! eres -espíritu y carne- toda Amor.

El Palacio del Sol

A vosotras, madres de las muchachas anémicas, va esta historia, la historia de Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Ya veréis, sanas y respetables señoras, que hai algo mejor que el arsénico y el fierro, para encender la púrpura de las lindas megillas virginales; y, que es preciso abrir la puerta de su jaula a vuestras avecitas encantadoras, sobre todo, cuando llega el tiempo de la primavera y hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines, como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas.

***

Cumplidos sus quince años, Berta empezó a entristecer, en tanto que sus ojos llamean-tes se rodeaban de orejas melancólicas. -

Berta, te he comprado dos muñecas… -No las quiero mamá… -He hecho traer los Noctur-nos… -Me duelen los dedos mamá… -

Entonces… -Estoy triste mamá… -Pues que se llame al doctor.

Y llegaron las antiparras de aros de carey, los guantes negros, la calva ilustre y el cruzado levitón.

Ello era natural. El desarrollo, la edad…

síntomas claros, falta de apetito, algo como una opresión en el pecho, tristeza, punzadas a veces en las sienes, palpitación… Ya sabéis; dad a vuestra niña glóbulos de arseniato de hierro, luego, duchas. ¡El tratamiento!…

Y empezó a curar su melancolía, con gló-

bulos y duchas, al comenzar la primavera, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, que llegó a estar fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

A pesar de todo las ojeras persistieron, la tristeza continuó, y Berta, pálida como un precioso marfil, llegó un día a las puertas de la muerte. Todos lloraban por ella en el palacio, y la sana y sentimental mamá hubo de pensar en las palmas blancas del atahud de las doncellas. Hasta que una mañana la lánguida anémica, bajó al jardín, sola, y siempre con su vaga atonía melancólica, a la hora en que el alba ríe. Suspirando erraba sin rumbo, aquí, allá; y las flores estaban tristes de verla. Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, cincelado por Plaza, que húmedos de rocío sus cabellos de mármol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo. Vio un lirio que erguía al azul la pureza de su cáliz blanco, y estiró la mano para cojerlo. No bien había… Sí, un cuento de hadas, señoras mías, pero que ya veréis sus aplicaciones en una querida realidad, -no bien había tocado

el cáliz de la flor, cuando de él surgió de súbito una hada, en su carro áureo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos e impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

¿Creis que Berta se amedró? Nada de eso.

Batió palmas alegre, se reanimó como por encanto, y dijo al hada: -¿Tú eres la que me quiere tanto en sueños? -Sube -respondió el hada. Y como si Berta se hubiese empeque-

ñecido, de tal modo cupo en la concha del carro de oro, que hubiera estado holgada sobre el ala corva de un cisne a flor de agua.

Y las flores, el fauno orgulloso, la luz del día, vieron cómo en el carro del hada iba por el viento, plácida y sonriendo al sol, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca co-mo una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

Todos

exclamaron:

-¡Aleluya!

¡Gloria!

¡Hosanna al rei de los Esculapios! ¡Fama eterna a los glóbulos de ácido arsenioso y a la duchas triunfales! Y mientras Berta corrió a su retrete a vestir sus más ricos brocados, se enviaron presentes al viejo de las antiparras de aros de carey, de los guantes negros, de la calva ilustre y del

cruzado levitón. Y ahora, oíd vosotras, madres de las muchachas ané-

micas, cómo hai algo mejor que el arsénico y el fierro, para eso de encender la púrpura de las lindas megillas virginales. Y sabréis cómo no, no fueron los glóbulos, no, no fueron las duchas, no, no fue el farmacéutico, quien devolvió salud y vida a Berta, la niña de los ojos color de aceituna, alegre y fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

Así que Berta se vio en el carro del hada, la preguntó: -¿Y a dónde me llevas? -Al palacio del sol. Y desde luego sintió la niña que sus manos se tornaban ardientes, y que su corazoncito le saltaba como henchido de sangre impetuosa. -Oye -siguió el hada- yo soy la buena hada de los sueños de las niñas adolescentes; yo soy la que curo a las cloróticas con sólo llevarlas en mi carro de oro al palacio del sol, adonde vas tú. Mira, chiquita, cuida de no beber tanto el néctar de la danza, y de no desvanecerte en las primeras rápidas alegrías. Ya llegamos. Pronto volverás a tu morada. Un minuto en el palacio del sol, deja en los cuerpos y en las almas, años de fuego, niña mía.

En verdad, estaban en un lindo palacio encantado, donde parecí sentirse el sol en el ambiente. ¡Oh, qué luz! ¡qué incendios!- Sintió Berta que se le llenaban los pulmones de aire de campo y de mar, y las venas de fuego; sintió en el cerebro esparcimientos de armonía, y como que el alma se le ensancha-ba, y como que se ponía más elástica y tersa su delicada carne de mujer. Luego vio, vio sueños reales, y oyó, oyó músicas embriagantes. En vastas galerías deslumbradoras, llenas de claridades y de aromas, de sederías y de mármoles, vio un torbellino de parejas,

arrebatadas por las ondas invisibles y domi-nantes de un vals. Vio que otras tantas ané-

micas como ella, llegaban pálidas y entriste-cidas, respiraban aquel aire, y luego se arro-jaban en brazos de jóvenes vigorosos y es-beltos, cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban a la luz; y danzaban, y danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos que iban al alma, res-pirando de tanto en tanto como hálitos im-pregnados de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, ja-deantes, rendidas, como palomas fatigadas de un largo vuelo, caían sobre cogines de seda, los senos palpitantes, las gargantas sonrosadas, y así soñando, soñando en cosas embriagadoras…- ¡Y ella también! cayó al remolino, al maelstrón atrayente, y bailó, giró, pasó, entre los espasmos de un placer agitado; y recordaba entonces que no debía embriagarse tanto con el vino de la danza, aunque no cesaba de mirar al hermoso compañero, con sus grandes ojos de mirada primaveral. Y él la arrastraba por las vastas galerías, ciñendo su talle, y hablándola al oído, en la lengua amorosa y rítmica de los vocablos apacibles, de las frases irisadas y olorosas, de los períodos cristalinos y orientales.

Y entonces ella sintió que su cuerpo y su alma se llenaban de sol, de efluvios poderosos y de vida. ¡No, no esperéis más!

***

El hada la volvió al jardín de su palacio, al jardín, donde cortaba flores envuelta en una oleada de perfumes, que subía místicamente a las ramas trémulas, para flotar como el alma errante de los cálices muertos.

¡Así fue Berta a vestir sus más ricos brocados, para honra de los glóbulos y duchas triunfales, llevando rosas en las faldas y en las megillas!

***

¡Madres de las muchachas anémicas! os felicito por la victoria de los arseniatos e hi-pofosfitos del señor doctor. Pero, en verdad os digo: es preciso, en provecho de las lindas megillas virginales, abrir la puerta de su jaula a vuestras avecitas encantadoras, sobre todo, en el tiempo de la primavera, cuando hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas. Para vuestras cloróticas, el sol en los cuerpos y en las almas. Sí, al palacio del sol, de donde vuelven las niñas como Berta, la de los ojos color de aceituna, frescas como una rama de durazno en flor, luminosas como un alba, gentiles como la princesa de un cuento azul.

El Pájaro Azul

París es teatro divertido y terrible. Entre los concursantes al café Plombier, buenos y decididos muchachos -pintores, escultores, escritores, poetas- sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde! ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajenjo, soñador que nunca se emborrachaban, y, como bohemio intachable, bravo improvisador.

En el cuartucho destartalado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Clays, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro amado pájaro azul.

El pájaro azul era el pobre Garcín. ¿No sabéis por qué se llamaba así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fue un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos porqué cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía sonriendo con cierta amargura.

-Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente…

Sucedía también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Nini, su vecina, una muchacha fresca y rosada que tenía los ojos mui azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. Oh, el pájaro azul volaría muy alto. ¡Bravo!, ¡bien!

¡Eh, mozo, más ajenjo!

Principios de Garcín:

De las flores las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro.

De las inmensidades, el cielo y el amor; es decir, las pupilas de Nini.

Y repetía el poeta: Creo que siempre es preferible la neurosis a la imbecilidad.

***

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los boulevares; veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras, husmeaba, y al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envi-dioso, arrugaba la frente, para desahogarse volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Co-rría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, casi llorando, pedía su vaso de ajenjo y nos decía:

-Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad…

***

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de razón.

Un alienista a quien se le dio noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una mono-manía especial. Sus estadios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo pro-vinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente poco más o menos:

«Sé tus locuras en París. -mientras per-manezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo sou. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero.»

Esta carta se leyó en el café Plombier.

-¿Y te irás?

-¿No te irás?

¿Aceptas?

¿Desdeñas?

¡Bravo Garcín! Rompió la carta y soltando el trapo a la vena, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan, si mal no recuerdo: Si seré siempre un gandul,

lo cual aplaudo y celebro,

mientras sea mi cerebro

jaula del pájaro azul!

Desde entonces Garcín cambió de carácter.

Se volvió charlador, se dio un baño de alegría, compró levita nueva, y comenzó un poema en tercetos titulado, pues es claro: El pájaro azul.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campaña mui fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores; los ojos de Nini húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pája-ro canta, se hacen versos alegres y rosados.

Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y se bebe ajenjo con poca agua, fumando además, por remate, un cigarrillo de papel.

He ahí el poema.

Una noche llegó Garcín riendo mucho y, sin embargo, muy triste.

***

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

-¡Una noticia!, ¡una noticia! Canto último de mi poema. Nini ha muerto. Viene la primavera y Nini se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema.

Los editores no se dignan siquiera leer mis versos, vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El epílogo debe titularse así: «De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.»

***

¡Plena primavera! Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; ¡el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele ahí, viene con traje nuevo, a nuestro amado Café Plombier, pálido, con una sonrisa triste.

-Amigos míos, ¡un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte; decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma… El pájaro azul vuela…

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fue.

Todos dijimos: Garcín, el hijo pródigo, busca a su padre, el viejo normando.- musas, adiós, adiós, Gracias. ¡Nuestro poeta se deci-de a medir trapos! ¡Eh! ¡Una copa por Garcín!

***

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente, todos los parroquianos del Café Plombier que metíamos tanta bulla en aquel cuartucho destartalado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. El estaba en su lecho, sobrelas sábanas ensangrentadas,, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral. ¡Que horrible!

Cuando repuestos de la primera impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el fa-moso poema. En la última pájina había escritas estas palabras: Hoi, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pobre pájaro azul.

***

¡Ay, Garcín!, ¡cuantos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

Palomas Blancas y Garzas More-

nas

Mi prima Inés era rubia como una alema-na. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vijilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. ¡Adorable, la viejecita, con sus trajes agrandes flores, y sus

cabellos crespos y recogidos como una vieja marquesa de Boucher!

***

Inés era un poco mayor que yo. No obs-tante, yo aprendí a leer antes que ella; y comprendía -lo recuerdo muy bien- lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también, pero no tanto co-mo ella. Yo debía entrar a un colegio, en in-ternado terrible y triste, a dedicarme a los áridos estudios del bachillerato, a comer los platos clásicos de los estudiantes, a no ver el mundo -¡mi mundo e mozo!- y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato, -un excelente ro-mano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncos; llegué al período ridículo del niño que pasa a joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé, -todavía vaga y misterio-samente,- en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí Pablo y Virginia. Llegó un fin de año escolar, y salí, en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!

***

Mi prima, -pero, ¡Dios santo, en tan poco tiempo!- se había hecho una mujer completa.

Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si veía de frente.

A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó a abrazarme, me tendió la mano. Después, no me atreví a invitar-la a los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y

qué!, ella debía sentir algo de lo que yo. ¡Yo amaba a mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela a mi-sa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas.

Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufú de las polleras antiguas de mi abuela, y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh, Eros!

***

-Inés…

¿…?

¡Y estábamos solos, a la luz de una luna argentina, dulce, una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, bal-buciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso. ¡Sí! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mi experimentaba cerca de ellas, el amor, el ansia; los tristes insomnios del deseo; mis ideas fijas en ella, allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: ¡el amor! ¡Oh!, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer…

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imajinaban propios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisíaco, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

-¡Ve! la tontería…

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando a la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

-¡Eh, abuelita! me dijo…

¡Ellas, pues, ya sabían que yo debía «decir!»

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo que todo lo veía, a la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, ¡las primeras de mis desengaños de hombre!

***

Los cambios fisiolójicos que en mí se sucedían, y las agitaciones de mi espíritu me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comen-zarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuán-do llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi ser, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, a pleno sol, Inés estaba en el jardín, regando trigo, entre los arbustos y las flores, a las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje -siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo,- gris azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los

satinados brazos alabastrinos, los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespa. Las aves andaban a su alrededor currucuqueando, e imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jasmineros. La devoraba con los ojos. ¡Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vio trémulo, enrogecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara, y aca-riciante, y se puso a reír cruelmente, terri-blemente. ¡Y bien! ¡Oh!, aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente a ella. Audaz, formidable debía de estar, cuando ella retro-cedió como asustada, un paso.

-¡Te amo!

Entonces tornó a reír. Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas. No dije más. La tomé la cabeza y la di un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo abrumado, quedé inmóvil.

***

Al poco tiempo partía a otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ¡ay! mostra-do a mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

***

Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fue el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está a la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convir-tiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares.

Arrastrada por el deseo, me miraba la adora-da mía y nuestros ojos se decían cosas ardo-rosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador co-mo dos invisible y divinas filomelas.

Yo extasiado veía a la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal, y oía su voz queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, co-mo que solo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar a los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de va-ga claridad. Cerca de la orilla, se detuvo un gran

grupo de garzas morenas de esas que cuando el día caliente, llegan a las riberas a espantar a los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas beben sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! algunas ocultaban los largos cuellos en la onda o bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, o permanecía inmóvil, escultural o hieráticamente, o varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, o en el cielo, caprichosos dibujos, co-mo las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto a mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores.

Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne, garridas con sus cuellos reales, parecidos a los de las damas inglesas que junto a los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales, todas, -bien dice un poeta,- como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras, tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante a ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta del rey oriental. Yo había halagado a la amada tiernamente con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pa-sión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno a otro.

De pronto, y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta! tú lo dijiste como nadie: Mel et lac sub lingua tua!

Aquel día no soñamos más.

***

¡Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos profundos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante del amor!

En Chile

Álbum Porteño

I

EN BUSCA DE CUADROS

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lá-

piz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de las herraduras de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; de las carreras de los co-rredores frente a la Bolsa, del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al cerro Alegre que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres de Valparaí-

so que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana torno crema o plomizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota de las vidrieras, los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano.

Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los extremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de Cintura e iba pensando en idilios, con toda la augusta des-fachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas, y tenía además, el inmenso espacio azul, del cual, -él lo sabía per-fectamente, los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les vengan en antojo.

De pronto escuchó: -«¡Mary! ¡Mary!» Y él, que andaba a caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azules y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín, con jarrones, pero sin estatuas, con una pita blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pita un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una tira o del ansa de una ánfora, y moviendo el pico húmedo y con tal lustre co-mo si fuese labrado en una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas. Con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas, más con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

-¡Mary!

El poeta vio llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados, cuando flotan sobre las nucas marmóreas, y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego, todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas: -quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color carne;- aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos, durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas e irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, y zabulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transpa-rencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba a caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas esquisitas.

Y la anciana y la joven:

-¿Qué traes?

-Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapizlázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III

PAISAJE

A poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo de camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajo los sauce agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas -¡oh, gran maestro Hugo!- unos asnos; y cerca de ellos un buey, gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despacio-so y con cierta pereza la pastura. Sobre todo, flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las yerbas pisadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvages.

Llegose al buey en seguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él. Un perro con la lengua de fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos.

-¡Bien! -dijo Ricardo.

Y pasó.

IV

AGUA FUERTE

Pero ¿para donde diablos iba?

Y se entró en una casa cercana de donde salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabaja-ban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscos armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de enero. Alcanzábaseles a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, co-mo en los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

Ricardo pensaba:

-Decididamente, una escursión feliz al país del arte...

V

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Anduvo, anduvo.

Volvía ya a su morada. Dirigíase el ascen-sor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albí-

simas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un dios infante, precioso como un querubín paradisíaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa.

VI

LA CABEZA

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón, y los parlamentos de As-tol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los tortilleros, aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, a las mujeres de los ojos ardientes.

¡Uf!…

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclopes, himnos al son de tímpanos sonoros, fanfarrias bárba-ras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agru-pados, estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, o como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor…

Además…

Álbum Santiagués

I

ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornaso-lados, esos amantes acariciadores, adulan a las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jasmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes, como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales. Y

mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto a los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre ajeno a ruido de música, de cuchicheos vagos y de palabras fugaces.

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que explende y quiebra los últimos reflejos solares, los caballos orgullosos con el brillo de sus arneces, y con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral, bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentacio-nes ardientes.

En esa portezuela está un rostro apare-ciendo de modo que semeja el de un querubín, por aquélla ha salido una mano enguan-tada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones, más allá se alcanza a ver un pie de Cenicienta con un zapa-tito oscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París, con ricas telas de Prá.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen: parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprocha-bles; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas: resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes dumas, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas o de plumas, y el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II

UN RETRATO DE WATTEAU

Estáis en los misterios de un tocador. Es-táis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas derrama la languidez de su gi-rándula por todo el recinto. Y he aquí que al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa, contempo-ránea de madama de Maintenon, solitaria en su gabinete, da las últimas manos a su tocado.

Todo está correcto, los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos, el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón, hasta dejar ver principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes; el talle ceñido, que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la bo-ca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá en recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles o mitológicas, o del beso a furto, tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies a cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto de la mirada, del andar, de la sonrisa, del vello casi impalpable que agitará el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira, y flota aquel suspiro en ese aire im-pregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafond en forma de óvalo, va por el fondo inmenso y azulado sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos que sobre el vasto ruido de las ondas, hacen vibrar el ronco estré-

pito de sus resonantes caracoles.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda, ya rápida se dirige a la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y hela ahí, vanidosa y gentil, a esa aristocrática santiaguesa que se dirige a un baile de fantasía de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III

NATURALEZA MUERTA

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trí-

pode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca orde-nada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo, y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acérqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado, y las uvas de cristal.

¡Naturaleza muerta!

IV

AL CARBÓN

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antífona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardí-

an goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuri-dad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis; y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces como por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventura-dos.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V

PAISAJE

Hay allá, en las orillas de la laguna de la Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde, en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde, cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un de-creciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada, un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas la fachada del palacio de la Ex-posición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa, él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios, los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópa-lo, derramaba la magnificiencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban como en un remolino de sangre viva los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes, él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres; ella rubia, -

¡un verso de Goethe!- vestida con un traje gris lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

EL IDEAL

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella a quien enamorar… Pasó, la vi como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vio como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso.

Más de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul…

El año lírico

Primaveral

Mes de rosas. Van mis rimas

en ronda, a la vasta selva,

y recoger miel y aromas

en las flores entreabiertas.

Amada, ven. El gran bosque 5

es nuestro templo: allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol a otro y saluda
la frente rosada y bella 10
como a un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus hojas verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como 15
para que pase una reina.
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Mira: en tus ojos, los míos;
da al viento la cabellera, 20
y que bañe el sol ese oro
de luz salvaje y espléndida.
Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,

y ríe, y muestra tus labios 25
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy a decirte rimas,
tú vas a escuchar risueña;
si acaso algún ruiseñor
viniese a posarse cerca, 30
y a contar alguna historia
de ninfas, rosas o estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino enamorada y regia,
escucharás mis canciones 35
fija en mis labios que tiemblan.
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna, 40
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,

hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino 45
esponjan sus cabelleras,
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en glorioso tiempo antiguo
pan inventó en las florestas. 50
Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra 55
empapada en miel hiblea…
¡oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

*

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas 60
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegra,

y sobre el agua sonora

pasan radiantes, ligeras,

con sus alas cristalinas 65

las irisadas libélulas.

Oye: canta la cigarra

porque ama al sol, que en la selva su polvo de oro tamiza

entre las hojas espesas. 70

Su aliento nos da en un soplo

fecundo la madre tierra,

con el alma de los cálices

y el aroma de las yerbas.

*

¿Ves aquel nido? Hay un ave. 75

Son dos: el macho y la hembra.

Ella tiene el buche blanco,

él tiene las plumas negras.

En la garganta el gorjeo,

las alas blandas y trémulas; 80

y los picos que se chocan

como labios que se besan.

El nido es cántico. El ave
incuba el trino, ¡oh poetas!
De la lira universal 85
el ave pulsa una cuerda.
Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas,
¡oh amada mía, ¡en el dulce
tiempo de la primavera! 90

*

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena;
y una hermosa copa de oro, 95
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio a los poetas.
En la ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta, 100
con su desnudez divina

y en su actitud cinegética.

Y en la copa luminosa

está Venus Citerea

tendida cerca de Adonis 105

que sus caricias desdeña.

No quiero el vino de Naxos

ni el ánfora de ansas bellas,

ni la copa donde Cipria

al gallardo Adonis ruega. 110

Quiero beber el amor

sólo en tu boca bermeja

¡oh amada mía! en el dulce

tiempo de la primavera.

Estival

I

La tigre de Bengala,

con su lustrosa piel manchada a trechos, está alegre y gentil, está de gala.

Salta de los repechos

de un ribazo, al tupido 5

carrizal de un bambú; luego, a la roca que se yergue a la entrada de su gruta.

Allí lanza un rugido,

se agita como loca

y eriza de placer su piel hirsuta. 10

*

La fiera virgen ama.

Es el mes del ardor. Parece el suelo rescoldo; y en el cielo

el sol, inmensa llama.

Por el ramaje oscuro 15

salta huyendo el kanguro.

El boa se infla, duerme, se calienta a la tórrida lumbre;

el pájaro se sienta

a reposar sobre la verde cumbre. 20

*

Siéntense vahos de horno;

y la selva africana

en alas del bochorno,

laza, bajo el sereno

cielo, un soplo de sí. La tigre ufana 25

respira a pulmón lleno,

y al verse hermosa, altiva, soberana, le late el corazón, se le hincha el seno.

*

Contempla su gran zarpa, en ella la uña de marfil; luego toca 30

al filo de una roca,

y prueba, y lo rasguña.

Mírase luego el flanco

que azota con el rabo puntiagudo

de color negro y blanco, 35

y móvil y felpudo;

luego el vientre. En seguida

abre las anchas fauces, altanera

como reina que exige vasallaje;

después husmea, busca, va. La fiera 40

exhala algo a manera

de un suspiro salvaje.

Un rugido callado

escuchó. Con presteza

volvió la vista de uno y otro lado. 45

Y chispeó su ojo verde y dilatado, cuando miró de un tigre la cabeza

surgir sobre la cima de un collado.

El tigre se acercaba.

*

Era muy bello. 50

Gigantesca la talla, el pelo fino, apretado el hijar, robusto el cuello, era un don Juan felino

en el bosque. Anda a trancos

callados; ve a la tigre inquieta, sola, 55

y le muestra los blancos

dientes, y luego arbola

con donaire la cola.

Al caminar se vía

su cuerpo ondear, con garbo y bizarría. 60

Se miraban los músculos hinchados

debajo de la piel. Y se diría

ser aquella alimaña

un rudo gladiador de la montaña.

Los pelos erizados 65

del labio relamía. Cuando andaba,

con su peso chafaba

la yerba verde y muelle;

y el ruido de su aliento semejaba

el resollar de un fuelle. 70

Él es, él es el rey. Cetro de oro

no, sino la ancha garra

que se hinca recia en el testuz del toro y las carnes desgarra.

La negra águila enorme, de pupilas 75

de fuego y corvo pico relumbrante, tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas aguas el gran caimán; el elefante

la cañada y la estepa;

la víbora, los juncos por do trepa; 80

y su caliente nido

del árbol suspendido,

el ave dulce y tierna

que ama la primer luz.

Él, la caverna. 85

*

No envidia al león la crin, ni al potro rudo el casco, ni al membrado

hipopótamo el lomo corpulento,

quien bajo los ramajes del copudo

baobab, ruge al viento. 90

*

Así va el orgulloso, llega, halaga; corresponde la tigre que le espera, y con caricias las caricias paga

en su salvaje ardor, la carnicera.

*

Después, el misterioso 95

tacto, las impulsivas

fuerzas que arrastran con poder pasmoso; y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso bajo las vastas selvas primitivas.

No el de las musas de las blandas horas, 100

suaves, expresivas,

en las rientes auroras

y las azules noches pensativas;

sino el que todo enciende, anima, exalta, polen, savia, calor, nervio, corteza, 105

y en torrente de vida brota y salta del seno de la gran naturaleza.

*

IV

El príncipe de Gales, va de caza

por bosques y por cerros,

con su gran servidumbre, y con sus perros 110

de la más fina raza.

*

Acallando el tropel de los vasallos, deteniendo trahíllas y caballos,

con la mirada inquieta,

contempla a los dos tigre, de la gruta 115

a la entrada. Requiere la escopeta, y avanza, y no se inmuta.

*

Las fieras se acarician. No han oído tropel de cazadores.

A esos terribles seres, 120

embriagados de amores,

con cadenas de flores

se les hubiera uncido

a la nevada concha de Citeres

o al carro de Cupido. 125

*

El príncipe atrevido

adelanta, se acerca, y se para;

ya apunta y cierra un ojo; ya dispara; ya del arma el estruendo

por el espeso bosque ha resonado. 130

El tigre sale huyendo,

y la hembra queda, el vientre desgarrado.

*

¡Oh, va a morir!… Poco antes, débil, yerta, chorreando sangre por la herida abierta, con ojo dolorido, 135

miró a aquel cazador; lanzó un gemido como un ¡ay! de mujer… y cayó muerta.

V

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño, a los rayos ardiente

del sol, en su cubil después dormía. 140

Entonces tuvo un sueño:

que enterraba las garras y los dientes en vientres sonrosados

y pechos de mujer; y que engullía

por postres delicados 145

de comidas y cenas,

-como tigre goloso entre golosos-

unas cuantas docenas

de niños tiernos, rubios y sabrosos.

Autumnal

Eros, vita, lumen

En las pálidas tardes

yerran nubes tranquilas

en el azul; en las ardientes manos se posan las cabezas pensativas.

¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños! 5

¡Ah las tristezas íntimas!

¡Ah el polvo de oro que en el aire flota, tras cuyas ondas trémulas se miran los ojos tiernos y húmedos,

las bocas inundadas de sonrisas, 10

las crespas cabelleras

y los dedos de rosa que acarician!

*

En las pálidas tardes

me cuenta un hada amiga

las historias secretas 15

llenas de poesía;

lo que cantan los pájaros,

lo que llevan las brisas,

lo que vaga en las nieblas,

lo que sueñan las niñas. 20

*

Una vez sentí el ansia

de una sed infinita.

Dije al hada amorosa:

-Quiero en el alma mía

tener la inspiración honda, profunda, 25

inmensa: luz, calor, aroma, vida.

Ella me dijo: -¡Ven! Con el acento con que hablaría un arpa.
En él había un divino idioma de esperanza.

¡Oh sed del ideal! 30

*

Sobre la cima

de un monte, a media noche,

me mostró las estrellas encendidas.

Era un jardín de oro

con pétalos de llama que titilan. 35

Exclamé: -¡Más!...

*

La aurora

vino después. La aurora sonreía,

con la luz en la frente,

como la joven tímida 40

que abre la reja, y la sorprenden luego ciertas curiosas,
mágicas pupilas.

Y dije: -¡Más!... Sonriendo

la celeste hada amiga

prorrumpió: -¡Y bien!… ¡Las flores! 45

*

Y las flores

estaban frescas, lindas,

empapadas de olor: la rosa virgen, la blanca margarita,

la azucena gentil, y las volúbilis 50

que cuelgan de la rama extremecida.

Y dije: -¡Más!…

*

El viento

arrastraba rumores, ecos, risas,

murmullos misteriosos, aleteos, 55

músicas nunca oídas.

El hada entonces me llevó hasta el velo que nos cubre las ansias infinitas, la inspiración profunda,

y el alma de las liras. 60

Y lo rasgó. ¡Y allí todo era aurora!

En el fondo se vía

un bello rostro de mujer.

*

¡Oh, nunca

Piérides, diréis las sacras dichas 65

que en el alma sintiera!

Con su vaga sonrisa:

-¿Más?… dijo el hada. Y yo tenía entonces clavadas las pupilas

en el azul; y en mis ardientes manos 70

se posó mi cabeza pensativa…

Invernal

Noche. Este viento vagabundo lleva las alas entumidas

y heladas. El gran Andes

yergue al inmenso azul su blanca cima.

La nieve cae en copos, 5

sus rosas trasparentes cristaliza; en la ciudad, los delicados hombros y gargantas se abrigan;

ruedan y van los coches,

suenan alegres pianos, el gas brilla; 10

y, si no hay un fogón que le caliente, el que es pobre tirita.

*

Yo estoy con mis radiantes ilusiones y mis nostalgias íntimas,

junto a la chimenea 15

bien harta de tizones que crepitan.

Y me pongo a pensar:

¡Oh! ¡Si estuviese

ella, la de mis ansias infinitas,

la de mis sueños locos, 20

y mis azules noches pensativas!

¿Cómo? Mirad:

De la apacibles estancia

en la extensión tranquila,

vertería la lámpara reflejos 25

de luces opalinas.

Dentro, el amor que abrasa;

fuera, la noche fría,

el golpe de la lluvia en los cristales, y el vendedor que grita 30

su monótona y triste melopea

a las glaciales brisas;

dentro, la ronda de mis mil delirios, las canciones de notas cristalinas, unas manos que toquen mis cabellos, 35

un aliento que roce mis mejillas,

un perfume de amor, mil conmociones, mil ardientes caricias;

ella y yo; los dos juntos, los dos solos; la amada y el amado, ¡oh Poesía!, 40

los besos de sus labios,

la música triunfante de mis rimas, y en la negra y cercana chimenea

el tueco brillador que estalla en chispas.

*

¡Oh! ¡Bien haya el brasero 45

lleno de pedrería!

Topacios y carbunclos,

rubíes y amatistas

en la ancha copa etrusca

repleta de ceniza. 50

Los lechos abrigados,

las almohadas mullidas,

las pieles de Astrakán, ¡los besos cálidos que dan las bocas húmedas y tibias!

¡Oh, viejo Invierno, salve! 55

Puesto que traes con las nieves frígidas el amor embriagante

y el vino del placer en tu mochila.

*

Sí, estaría a mi lado,

dándome sus sonrisas, 60

ella, la que hace falta a mis estrofas, ésa que mi cerebro se imagina;

la que, si estoi en sueños,

se acerca y me visita;

ella que, hermosa, tiene 65

una carne ideal, grandes pupilas,

algo del mármol, blanca luz de estrella: nerviosas, sensitiva,

muestra el cuello gentil y delicado de las Hebes antiguas, 70

bellos gestos de diosa,

tersos brazos de ninfa,

lustrosa cabellera

en la nuca encrespada y recogida,

y ojeras que denuncian 75

ansias profundas y pasiones vivas.

¡Ah, por verla encarnada,

por gozar sus caricias,

por sentir en mis labios

los besos de su amor, diera la vida! 80

Entre tanto hace frío.

Yo contemplo las llamas que se agitan, cantando alegres con sus lenguas de oro, móviles, caprichosas e intranquilas, en la negra y cercana chimenea 85

do el tuero brillador estalla en chispas.

*

Luego pienso en el coro

de las alegres liras,

en la copa labrada el vino negro,

la copa hirviente cuyos bordes brillan 90

con iris temblorosos y cambiantes

como un collar de prismas;

el vino negro que la sangre enciende y pone el corazón con alegría,

y hace escribir a los poetas locos 95

sonetos áureos y flamantes silvas.

El Invierno es beodo.

Cuando soplan sus brisas,

brotan las viejas cubas

la sangre de las viñas. 100

Sí, yo pintara su cabeza cana

con corona de pámpanos guarnida.

El Invierno es galeoto,

porque en las noches frías

Paolo besa a Francesca 105

en la boca encendida,

mientras su sangre como fuego corre y el corazón ardiendo le palpita.

¡Oh, crudo Invierno, salve!

¡Puesto que traes con las nieves frígidas 110

el amor embriagante

y el vino del placer en tu mochila!

*

Ardor adolescente,

miradas y caricias;

¡cómo estaría trémula en mis brazos 115

la dulce amada mía,

dándome con sus ojos luz sagrada,

con su aroma de flor, sabia divina!

En la alcoba la lámpara

derramando sus luces opalinas; 120

oyéndose tan sólo

suspiros, ecos, risas,

el ruido de los besos,

la música triunfante de mis rimas

y en la negra y cercana chimenea 125

el tuero brillador que estalla chispas.

¡Dentro, el amor que abrasa;

fuera, la noche fría!

Pensamiento de otoño

De Armand Silvestre

Huye el año a su término

como arroyo que pasa,

llevando del poniente

luz fugitiva y pálida.

Y así como el del pájaro 5

que triste tiende el ala,

el vuelo del recuerdo

que al espacio se lanza

languidece en lo inmenso
del azul por do vaga. 10
Huye el año a su término
como arroyo que pasa.

*

Un algo de alma aún yerra
por lo cálices muertos
de las tardas volúbilis 15
y los rosales trémulos.
Y, de luces lejanas
al hondo firmamento,
en las alas del perfume
aun se remonta un sueño. 20
Un algo de alma aún yerra
por los cálices muertos.

*

Canción de despedida
fingen las fuentes túrbidas.
Si te place, amor mío, 25
volvamos a la ruta

que allá en la primavera
ambos, las mano juntas,
seguimos embriagados
de amor y de ternura 30
por los gratos senderos
de sus ramas columpian
olientes avenidas
que las flores perfuman.
Canción de despedida 35
fingen las fuentes túrbidas.

*

Un cántico de amores
brota mi pecho ardiente
que eterno abril fecundo
de juventud florece. 40
¡Que mueran en buen hora
los bellos días! Llegue
otra vez el invierno;
renazca áspero y fuerte.
Del viento entre el quejido 45

cual mágico himno alegre
un cántico de amores
brota mi pecho ardiente.

*

Un cántico de amores
a tu sacra beldad, 50
mujer, eterno estío,
¡primavera inmortal!
Hermana del ígneo astro
que por la inmensidad
en toda estación vierte 55
fecundo, sin cesar,
de su luz esplendente
el dorado raudal.
Un cántico de amores
a tu sacra beldad, 60
mujer, ¡eterno estío!,
¡primavera inmortal!
Anagkh
Y dijo la paloma:

-Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo, en el árbol en flor, junto a la poma llena de miel, junto al retoño suave y húmedo por las gotas del rocío, 5

tengo mi hogar. Y vuelo

con mis anhelos de ave,

del amado árbol mío

hasta el bosque lejano,

cuando, al himno jocundo 10

del despertar de Oriente,

sale el alba desnuda, y muestra al mundo el pudor de la luz sobre su frente.

Mi ala es blanca y sedosa.

La luz la dora y baña, 15

y céfiro la peina.

Son mis pies como pétalos de rosa.

Yo soy la dulce reina

que arrulla a su palomo en la montaña.

En el fondo del bosque pintoresco 20

está el alerce en que formé mi nido: y tengo allí, bajo el follaje fresco un polluelo sin par, recién nacido.

Soy la promesa alada,

el juramento vivo; 25

soy quien lleva el recuerdo de la amada para el enamorado pensativo.

Yo soy la mensagera

de los tristes y ardientes sonadores, que va a revolotear diciendo amores 30

junto a una perfumada cabellera.

Soy el lirio del viento.

Bajo el azul del hondo firmamento

muestro de mi tesoro bello y rico, las preseas y galas: 35

el arrullo en el pico,

la caricia en las alas.

Yo despierto a los pájaros parleros y entonan sus melódicos cantares;

me poso en los floridos limoneros 40

y derramo una lluvia de azahares.

Yo soy toda inocente, toda pura.

Yo me esponjo en las ansias del deseo, y me extremezco en la íntima ternura de un roce, de un rumor, de un aleteo. 45

¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora

das la lluvia y el sol siempre encendido; porque siendo el palacio de la aurora también eres el techo de mi nido.

¡Oh inmenso azul! Yo adoro 50

tus celajes risueños,

y esa niebla sutil de polvo de oro donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos tenues, vagorosos,

de las flotantes brumas, 55

donde tiendo a los aires cariñosos el sedeño abanico de mis plumas.

¡Soy feliz! Porque es mía la floresta, donde el misterio de los nidos se halla; porque el alba es mi fiesta 60

y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz, porque de dulces ansias llena calentar mis polluelos es mi orgullo; porque en las selvas vírgenes resuena la música celeste de mi arrullo. 65

Porque no hay una rosa que no me ame ni pájaro gentil que no me escuche, ni garrido cantor que no me llame.

-¿Si? Dijo entonces un gavilán infame.

Y con furor se la metió en la buche. 70

Entonces el buen Dios allá en su trono,

-mientras Satán, para distraer su encono aplaudía aquel pájaro zahareño,-

se puso a meditar.

Arrugó el ceño, 75

y pensó al contemplar sus vastos planes y al recorrer sus puntos y sus comas, que cuando creó palomas

no debía haber creado gavilanes.